

Y es que según el Corán Dios (*Allāh*) es el único Creador en sentido absoluto. Si no fuera así significaría que existiría otro dios aparte del Único Dios, cosa que es contraria a la idea de Unidad. Ibn 'Arabī dice que si esto fuera así, las voluntades de muchos creadores chocarían y se anularían, y no permitirían que nada existiese u ocurriese. Por tanto, si nosotros y toda la existencia existimos, es porque el Uno y Único Creador existe y no tiene nadie asociado con Él. Una aleya del Corán apunta en esta dirección:

«Si hubiera habido en ellos [en los cielos y en la tierra] dioses distintos de Dios, se habrían corrompido»¹⁴¹.

Los Nombres divinos como causas reales de los fenómenos

*La ciencia divina es aquella que estudia las causas primeras de las existencia (wujūd), la causa de las causas y el principio de los principios, o sea, Allāh, exaltado sea.*¹⁴²

Como se ha señalado más arriba, la Esencia divina es independiente del mundo, es decir, de las criaturas. Sin embargo, cuando se manifiesta o autorevela en las cosas o seres del mundo lo hace a través de los Nombres divinos; así, toda cosa creada es la manifestación de uno o varios Nombres. Por tanto, según esta perspectiva, los Nombres poseen la propiedad de la causalidad (*'illiyya* o *sababiyya*), es decir, son la "causa" (*'illa* o *sabab*) de la existencia del mundo¹⁴³. En el modelo platónico también las Ideas son en cierta manera la causa de las cosas del mundo, pues el Demiurgo se basa en ellas para crearlas. Sin embargo, recordemos que Platón no parece contemplar todavía la idea sufí del mundo como manifestación (*taʿallīf*) divina.

En base a esta premisa conceptual, podemos afirmar que las causas materiales de los hechos no son sino causas secundarias, y

por tanto tienen un valor simbólico que apunta a los Nombres divinos y, en última instancia, a la Esencia divina (pues los Nombres, como hemos visto, son el modo como la Esencia se articula o autodetermina a sí misma para autorevelarse en el mundo de la manifestación). Ibn 'Arabī dice al respecto lo siguiente:

«El mundo es, sin la menor duda, dependiente de las causas segundas, de una dependencia que alude a su esencia misma. Su Causa suprema es la causalidad divina, pero la única causalidad que pertenece a Dios y de la que depende el mundo es la de los Nombres divinos. De entre los nombres divinos, todo Nombre del que depende el mundo, [...] es Dios y nada más. Por eso, Él ha dicho en el Corán: Hombres, vosotros sois los pobres con respecto a Dios y Dios es aquel Independiente de todo, el Infinitamente Alabado¹⁴⁴. Es bien sabido que dependemos los unos de los otros. Nuestros nombres son Nombres de Dios Altísimo, porque es de Él de quien en definitiva dependemos. Nuestras esencias son en realidad Su Sombra, nada más: Él es nuestro Yo interior, y no lo es»¹⁴⁵.

Por tanto, todo ser en el mundo y toda causa secundaria puede considerarse como la manifestación de uno o varios Nombres divinos. El Corán remite en múltiples pasajes las causas secundarias de los acontecimientos a su origen real. Por ejemplo, en varias aleyas se refiere a Dios como causa última de los fenómenos naturales, en este caso de la lluvia:

«Él es Quien ha hecho bajar para vosotros agua del cielo. De ella bebéis y de ella viven las matas con que apacentáis. Gracias a ella, hace crecer para vosotros los cereales, los olivos, las palmeras, las vides y toda clase de frutos. Ciertamente, hay en ello un signo para gente que reflexiona»¹⁴⁶.



«Dios ha hecho bajar agua del cielo, vivificando con ella la tierra después de muerta. Ciertamente, hay en ello un signo para gente que oye»¹⁴⁷.

«Él es Quien envía los vientos como nuncios que preceden a Su misericordia. Hacemos bajar del cielo agua pura, para vivificar con ella un país muerto y dar de beber, entre lo que creamos, a la multitud de rebaños y seres humanos»¹⁴⁸.

Según estas aleyas, la causa última de la lluvia se mide en términos de propósito o sentido: que crezca la hierba y los frutos de la tierra, que haya agua para beber, etc. Las nubes, por tanto, aunque aparentemente sean la causa directa de la lluvia, son sólo el medio material para que se manifieste la compasión (*rahma*) divina, que es uno de los Nombres o atributos divinos. Y según el Corán, las nubes también son en realidad dirigidas y formadas por la acción divina:

«¿No ves que Dios empuja las nubes y las agrupa y, luego, forma nubarrones? Ves, entonces, que el chaparrón sale de ellos»¹⁴⁹.

Un *hadiz* se refiere también a la cuestión de la lluvia como favor divino, e indirectamente al valor simbólico de las causas secundarias:

«Después de una noche de lluvia Dios dijo al profeta Muhammad: “Entre Mis siervos unos han amanecido creyentes en Mí y otros descreídos. Quien dijo: ‘Nos ha llovido por el favor de *Allāh* y por Su misericordia’, ése es creyente en Mí y descreído de los astros, y quien ha dicho: ‘Nos ha llovido por tal y tal estrella’, ése es descreído de Mí y creyente de los astros”»¹⁵⁰.



La astrología, por tanto, tiene en el Islam un valor simbólico que apunta al plan divino, pero no un valor causal real y absoluto, pues esto significaría divinizar los astros como causas finales y origen absoluto de los acontecimientos.

Según el Corán, pues, Dios es el origen de todos los bienes o dones que recibe el ser humano, y es un error atribuir su origen a otras causas. Otra aleya significativa al respecto es la siguiente:

«Y en los rebaños tenéis motivo de reflexión. Os damos a beber del contenido de sus vientres, entre heces y sangre: una leche pura, grata a los bebedores»¹⁵¹.

Vemos aquí también una alusión a los nombres divinos relacionados con los dones y la provisión en general, como por ejemplo *al-Razzāq* (El que alimenta y provee las necesidades), que se epifanizan en el mundo a través de las causas secundarias, en este caso los rebaños y la leche que producen, entre heces y sangre, lo que constituye en sí un signo para la reflexión.

Y lo mismo sucede con el resto de nombres divinos. Una aleya consecutiva a las anteriores se refiere al aspecto de Dios como sanador absoluto, que a través de las medicinas del mundo restituye la salud. En este caso se refiere al poder curativo de la miel:

«Tu Señor ha inspirado a las abejas: “Estableced habitación en las montañas, en los árboles y en las construcciones humanas. Comed de todos los frutos y caminad dócilmente por los caminos de vuestro Señor”. De su abdomen sale un líquido de diferentes clases, que contiene un remedio para los hombres. Ciertamente, hay en ello un signo para gente que reflexiona»¹⁵².

Según estas aleyas, el fundamento y origen de las medicinas es la acción divina, pues son los medios por los cuales Dios, considerado el sanador absoluto, restaura la salud. En la primera his-



toria del *Mahnawî*, después del poema introductorio dedicado al rey, Rumi cuenta la historia de un rey que se enamora de una sirvienta, pero esta cae enferma; entonces el rey convoca a todos los médicos que puede, pero estos, incapaces de ver el fundamento del arte médico, que es la transmutación divina, no pueden curar a la enferma:

«(los médicos dijeron): «en nuestras manos está el remedio de cualquier pena». En su arrogancia no dijeron «Dios mediante»¹⁵³.

Rumi continúa explicando que la sirvienta continuó enfermado hasta que el rey suplicó a Dios y este envió un médico inspirado que encontró el origen de su enfermedad en una pena de amor, y elaboró un plan para curarla¹⁵⁴.

El Corán insiste en que el acto de asociar a Dios (*širk*) con otros supuestos poderes, es decir con falsos dioses que se adoran consciente o inconscientemente, es lo que está en la base de la ilusión:

«Dios ha dicho: “¡No toméis a dos dioses! ¡Él es sólo un Dios Uno! ¡Temedme, pues, a Mí, y sólo a Mí”. Suyo es lo que está en los cielos y en la tierra. Se le debe un culto permanente. ¿Vais a temer a otro diferente de Dios? No tenéis gracia que no proceda de Dios»¹⁵⁵.

Por tanto, suponer que los medios o causas secundarias tienen por sí mismas poder absoluto significa asociar a Dios, pues implica atribuirles cualidades divinas, en este caso la capacidad de crear los efectos que de ellas se derivan. Pero el atributo de la Creación, según estas aleyas, es exclusivamente divino. Si una medicina ‘produce’ un efecto determinado en el cuerpo, éste se debe a la transmutación divina, pues es Dios quien transmuta los elementos entre sí, incluso a los opuestos. Esto no quita que los medios o causas



secundarias deban seguirse si se quiere obtener dicha transmutación, ya que son los medios que la sabiduría divina proporciona para obtener Sus dones, en este caso la concesión de los efectos asociados a la salud. De ahí que se califique de sabio al médico que domina estos medios. Las leyes de la naturaleza, como veremos, son la forma en que la voluntad divina opera en el mundo, o, en términos de Einstein, son ‘el lenguaje de Dios’.

El Amor (*al-Wadūd*) es otro nombre divino que debe ser considerado como causa de todas sus manifestaciones en el mundo. Por ejemplo, en el plano físico del cuerpo es bien sabido que el cerebro produce determinadas sustancias cuando una persona está enamorada. La visión *cientificista* o del materialismo científico, sin embargo, dice que el amor no es *nada más* que la segregación de ciertas sustancias en el cerebro, las cuales hacen que sintamos amor. El cientificismo quita así todo valor, magia y misterio al amor, y lo reduce a explicaciones materialistas y evolucionistas. Por el contrario, el planteamiento espiritual propio del sufismo y del platonismo contempla la presencia de estas sustancias físicas en el cerebro como símbolo o señal de la presencia del amor en un plano espiritual superior. Es decir, debido al amor, que es un atributo divino eterno, el cerebro produce estas sustancias. Contemplar la Belleza divina que se manifiesta en todas las formas bellas del mundo genera amor, y es el medio de acercarse a Aquel cuya belleza inspira deseo. El responsable del amor, por tanto, es el Amor mismo, y no las sustancias químicas que son sólo un símbolo o señal. Siguiendo aquí el mismo principio comentado según el cual la ciencia genuina estudia las relaciones entre los fenómenos, en este caso debe limitarse a asociar la presencia de determinadas sustancias en el cerebro a la presencia de determinados estados anímicos relacionados con el enamoramiento. El cientificismo, sin embargo, va un paso más allá y establece dichas causas secundarias como absolutas, con la consecuente desvalorización y reducción de lo espiritual a lo material.

